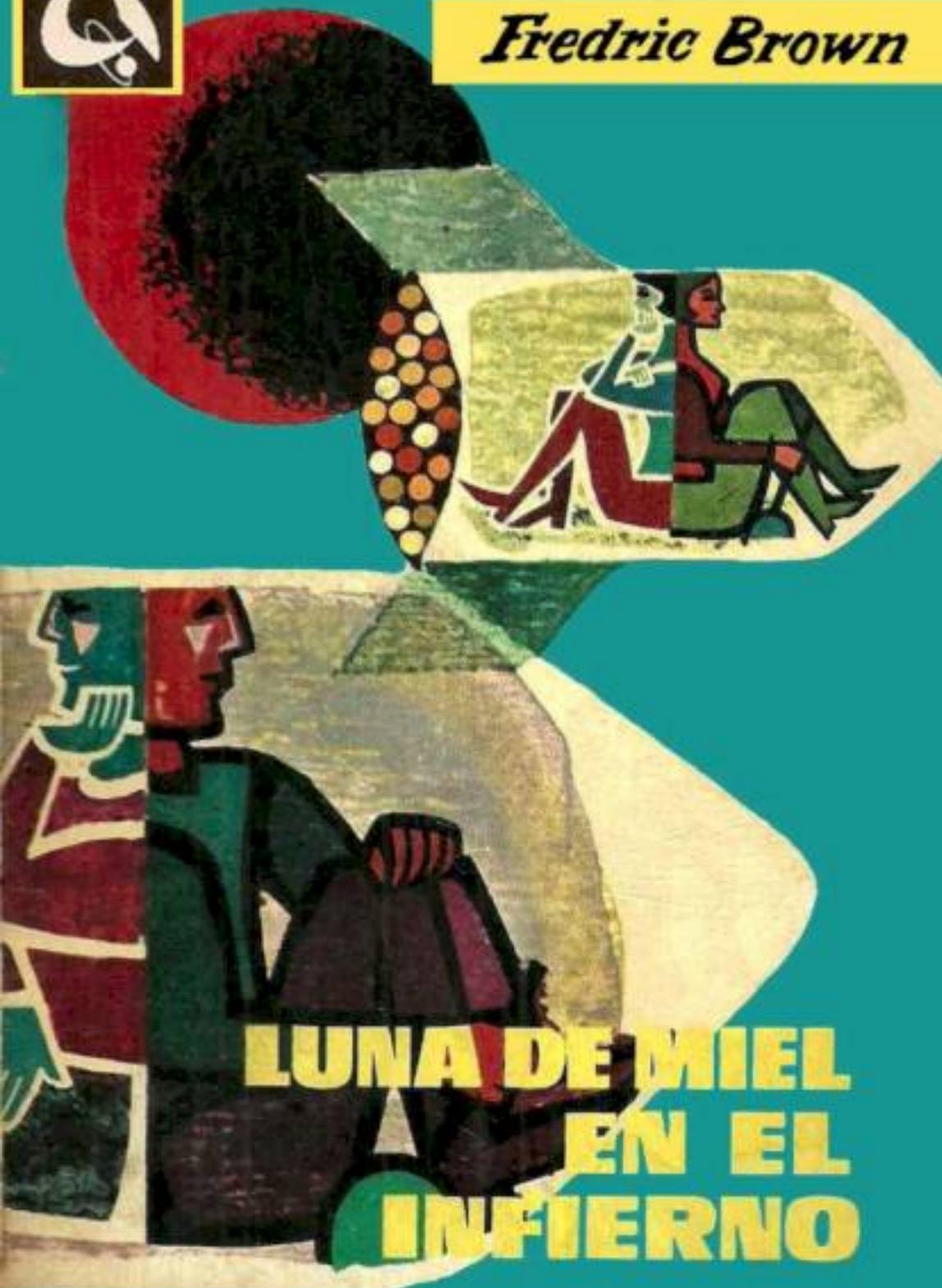




Fredric Brown



**LUNA DE MIEL
EN EL
INFIERNO**

Fredric Brown es un maestro de lo fantástico aliado con el humor más atrevido y penetrante. En "LUNA DE MIEL EN EL INFIERNO" plantea una serie de situaciones a cual más interesantes, dominadas todas ellas por el denominador común de una imaginación desbordante

Por ejemplo, esa obra maestra del relato corto que es «Arena». ¿Cuál sería la reacción del hombre sobre cuyos hombros recayese el peso abrumador de la salvación de toda la especie humana? Y esta salvación se tenía que dirimir en un combate singular, a la usanza de los antiguos caballeros... pero el enemigo con el que se enfrentaba Carson era mil veces peor, mil veces más espantoso y abyecto que los más terribles dragones concebidos por la imaginación medieval. Desnudo e inerme, Carson tuvo que enfrentarse en la arena de un circo extraterrestre con el enemigo más implacable que había tenido la Humanidad desde su creación. Si perdía, todos los hombres perecerían. En el último momento...

Pero la respuesta se encuentra en las páginas cargadas de suspense de "LUNA DE MIEL EN EL INFIERNO".

LUNA DE MIEL EN EL INFIERNO

El 16 de septiembre del año de gracia de 1962 las cosas iban poco más o menos como siempre, si bien algo peor. La guerra fría que había crecido y decrecido para volver a crecer y decrecer entre los Estados Unidos y la Alianza Oriental (Rusia, China y sus respectivos satélites) estaba más caliente que nunca. La guerra, la guerra ardiente, parecía no sólo inevitable sino de una inminencia aterradora.

La carrera por alcanzar la Luna era una de sus causas inmediatas. Cada nación había depositado a algunos hombres sobre su superficie y cada una de ellas la reivindicaba. Ambas naciones comprobaron que los cohetes enviados desde la Tierra no bastaban para permitir que se estableciese allí una base permanente, y que sólo el establecimiento por la fuerza de una base permanente en la Luna decidiría su posesión. Y por lo tanto ambas naciones (por razones de comodidad daremos a la Alianza Oriental el nombre de nación, aunque exactamente no lo era) apresuraron la construcción de una estación del espacio que debería ser puesta en órbita alrededor de la Tierra.

Después de dar este paso intermedio en el espacio, la llegada a la Luna con grandes cohetes sería un juego de niños y la construcción de bases armadas dotadas de importantes efectivos resultaría tarea relativamente sencilla. El primero que llegase no sólo podría *reivindicar* la posesión del satélite, sino que se hallaría en disposición de respaldar su demanda con la fuerza. La rígida censura militar de ambas naciones impedía que se divulgasen los detalles de la

construcción de cada base y así el público no sabía cuanto faltaba para que éstas estuviesen terminadas, pero la presunción general —que luego resultó correcta— era de que el trabajo estaría terminado antes de un año, o en dos años como plazo máximo.

Ninguna de ambas naciones podía permitir que la otra dominase la Luna. Esto era un hecho que resultaba evidente incluso para aquellos que se esforzaban por mantener la paz a toda costa.

El 17 de septiembre de 1962 un empleado del servicio de estadística del Departamento Demográfico de la ciudad de Nueva York (se llamaba Wilbur Evans, pero eso no importa aquí) advirtió que de ochocientos trece nacimientos registrados el día anterior, seiscientos cincuenta y siete habían sido hembras y sólo ciento cincuenta y seis varones.

Sabía que, desde el punto de vista estadístico, esto era prácticamente imposible. En una pequeña población donde sólo se produzcan, por ejemplo, diez nacimientos diarios, sería muy posible —y no resulta alarmante en absoluto— que en un día determinado, el noventa o incluso el cien por ciento de los nacimientos perteneciesen al mismo sexo. Pero en una cifra tan considerable como ochocientos trece, una desproporción tan considerable como la que había entre seiscientos cincuenta y siete y ciento cincuenta y seis era verdaderamente alarmante.

Wilbur Evans se presentó al jefe de su negociado, el cual tampoco pudo disimular su interés y su alarma. Se realizaron comprobaciones telefónicas... principiando por las ciudades más próximas y, a medida que el número de pruebas aumentaba, se ampliaron las llamadas a poblaciones más distantes.

Al término de la jornada, los sorprendidos técnicos —que ya constituían entonces un grupo muy numeroso— sabían que en todas las localidades comprobadas había ocurrido lo mismo. Los nacimientos que se habían producido en todo el Hemisferio Occidental y en Europa, había pre-

sentado aquel día un promedio semejante: tres varones por cada trece hembras.

Ulteriores comprobaciones permitieron descubrir que este hecho alarmante había empezado a producirse casi hacía una semana, con un ligero predominio de los nacimientos femeninos. La diferencia se había puesto de relieve apenas había unos cuantos días. El día 15, la proporción había sido de tres varones por cinco hembras y el 16 fue de cuatro por catorce.

La noticia saltó a las primeras páginas de los periódicos, como es de suponer, y éstos le dieron amplia difusión. La televisión hizo chistes sobre el caso, aunque él mismo hiciese muy poca gracia al público. Pero cuatro días después, o sea el 21 de septiembre, sólo un niño de ochenta y siete pertenecía al sexo masculino. El asunto se iba poniendo serio. El público y los gobiernos empezaron a preocuparse; los biólogos y los laboratorios que ya habían empezado a investigar el fenómeno, le concedieron importancia capital. La televisión dejó de hacer bromas después de que uno de los principales cómicos del país se atrevió a hacer un chistecito sobre el asunto, que le valió 875 480 cartas de indignados televisores y la pérdida de su contrato.

El 29 de septiembre, si bien el número de nacimientos en todo el territorio de la Unión fue normal, sólo cuarenta y uno de éstos eran varones. Las investigaciones realizadas demostraron que, en cada uno de los casos, se trataba de un nacimiento retrasado. Se hizo evidente que ningún niño varón había sido concebido durante la segunda mitad de diciembre del año anterior, o sea 1961. A la sazón ya se sabía, por supuesto, que lo mismo se había producido en todas partes —en los países de la Alianza Oriental así como los Estados Unidos, y en todas las demás naciones y lugares del mundo— entre los esquimales, los ubangi y los indios.

El extraño fenómeno, fuera lo que fuese, sólo afectaba a los seres humanos. Los nacimientos que tenían lugar entre

los animales, salvajes o domésticos, mostraban la relación normal entre los dos sexos.

Las obras para la construcción de las dos estaciones espaciales continuó, pero se habló menos de guerra y disminuyó el número de incidentes que podían provocar un conflicto. La humanidad tenía algo nuevo de que preocuparse. Era algo menos urgente, pero con el tiempo sería mucho peor. A pesar de la aparente inevitabilidad de la guerra, eran muy pocos los que creían que ésta podía significar el fin definitivo de la especie humana; en cambio, una falta completa de varones lo sería. El fin definitivo.

Y por primera vez sucedía algo de lo cual los Estados Unidos no podía culpar a la Alianza Oriental, y viceversa. El Oriente —la China y la India en particular— sufría más, tal vez, que el Occidente, porque en aquellos países los hijos varones son de suprema importancia para los padres. Se produjeron tumultos en la India y en la China, en los que corrió la sangre a raudales, hasta que los alborotadores se dieron cuenta de que no sabían de quién o de qué protestaban, y se hundieron en la más abyecta pasividad.

En los países más adelantados, los laboratorios trabajaban día y noche, y cualquiera que supiese distinguir a un gene de un cromosoma podía hacerse pagar su peso en oro para mirar por un microscopio... aunque esto de nada sirviese. Los biólogos y los especialistas en genética adquirieron más importancia que los presidentes y los dictadores. Pero no conseguían mayores resultados que los cultos que surgían por doquier (especialmente en California) y que echaban la culpa de lo ocurrido a una conspiración tramada por los ancianos de Sión o bien a una invasión interplanetaria (con lo cual daban pruebas de muy buen sentido), y aconsejaban desde el vegetarianismo hasta la reinstauración del culto fálico (en lo cual demostraban también muy buen sentido).

A pesar de los científicos y los cultos, las algaradas y la resignación, ni un solo niño perteneciente al sexo mascu-

lino nació en todo el mundo durante el mes de diciembre de 1962. Hubo algunos casos aislados, todos ellos representados por nacimientos muy tardíos, durante los meses de octubre y noviembre.

Enero de 1963 siguió sin registrar nacimientos masculinos, a pesar de que se intentó todo y todos hicieron lo que pudieron.

Quizá con excepción de la única persona que estaba destinada a realizar la aportación principal.

No era que el capitán Raymond F. Carmody, USSF, ya en la reserva, fuese exactamente lo que se llama un misógino. Le gustaban bastante las mujeres, tanto de una manera abstracta como concreta. Pero una vez recibió un buen escaimiento, que le había curado de cualquier veleidad matrimonial. Dejando aparte el matrimonio, aceptaba a las mujeres tal como eran... y la verdad es que no le faltaban.

Pero el lector no debe llamarse a engaño por la expresión «en la reserva». En el Servicio Espacial los pilotos de aeronaves se retiran a la madura edad de veinticinco años, para pasar entonces a la reserva. La temeridad, rapidez de reflejos y el nervio de los jóvenes valen mucho más que la experiencia. El secreto para pilotar un cohete no es hacer nada determinado, sino poseer la suficiente resistencia para permanecer vivo y sin perder la razón hasta que el viaje ha terminado. Los técnicos se encargan de realizar los cálculos y los únicos mandos que hay que manejar son los cohetes de frenado, que impiden que la navecilla se haga mil pedazos al aterrizar; la rapidez de reflejos es más importante que la experiencia en manejarlos. Pero ni la rapidez ni la experiencia sirven de nada si durante la ruta el piloto ha perdido la cabeza a consecuencia de los días que ha permanecido encerrado en el equivalente de un ataúd, o si no tiene arrestos suficientes para no matarse en un buen aterrizaje. Y un buen aterrizaje es aquel que sólo se comprueba después de permanecer varios minutos sumido en la inconsciencia.

Esto explica que Ray Carmody, a los veintisiete años de edad, y fuese un piloto de cohetes retirado. Dejando aparte algunos vuelos de prueba alrededor de la Tierra y en las inmediaciones de ésta, había realizado un viaje a la Luna coronado por el éxito, con alunizaje en el satélite y retorno. Después realizó otros dos viajes... en total, cinco viajes de ida y vuelta con éxito entre dieciocho intentos.

Pero los cohetes que había utilizado apenas llevaban carburante necesario para permitir que regresase a la Tierra, con raciones mínimas para el período requerido. Además, tuvo que utilizar cohetes en varias etapas, y éstos son espantosamente caros y constituyen unos armatostes pesadísimos y poco manejables.

Cuando Carmody se retiró del Servicio Espacial dos años antes, ya se reconocía que el establecimiento de una base permanente en la Luna sería completamente imposible hasta que existiese una estación espacial situada en órbita alrededor de la Tierra, que actuaría como empalme. Los cohetes de gran tamaño podrían alcanzar una estación del espacio con relativa facilidad, y la partida desde una estación situada en el espacio teniendo que vencer una atracción menor de la gravedad terrestre, para cubrir el resto del camino hasta la Luna, sería aún más sencilla.

Pero nos apartamos de Ray Carmody, como éste se había apartado del Servicio Espacial. Podía haber conseguido un empleo burocrático en la organización después de retirarse por su edad, un empleo mejor remunerado que el que tenía por el momento. Pero sabía muy poco acerca del aspecto técnico de los cohetes, y aún sabía menos de labores burocráticas y administrativas, las cuales no le interesaban en absoluto. Lo que más le atraía era la Cibernética, o sea la ciencia de las calculadoras electrónicas. Aquellas grandes máquinas siempre le habían fascinado, y había conseguido trabajar junto a la mayor de ellas, ya que se encontraba en el edificio que se alzaba en un ángulo de los

terrenos del Pentágono y que fue construido especialmente en 1958 para albergarla.

Naturalmente, sus íntimos la conocían por el nombre de Junior.

Carmody ocupaba allí el cargo de operador de primer grado, lo cual significaba que, a pesar de su gran fama y nombradía como uno de los pocos hombres vivos que habían estado en la Luna y habían podido contarlo, y a pesar de haberse retirado con la honrosa graduación de capitán, sus antecedentes habían sido comprobados minuciosamente, para asegurarse de que, ni siquiera cuando estaba en la cuna, había pronunciado una palabra imprudente o subversiva.

Sólo había otros tres operadores de primer grado calificados para hacer preguntas a Junior y transmitir sus respuestas sobre cuestiones tocantes a la seguridad nacional... preguntas que incluían cuestiones de logística, energía nuclear, balística y cohetes, planes militares de todas clases y todo cuanto las fuerzas armadas consideran secreto, o sea prácticamente todo, excepto el color normalmente preferido para los uniformes de la Infantería.

La Alianza Oriental hubiera dado sin duda tres dictadores títeres y la tumba de Lenin por haber tenido un agente, aunque sólo hubiese sido un simpatizante, infiltrado como operador de primer grado cerca de Junior. Pero incluso los operadores de segundo grado que sólo se ocupaban de problemas concernientes a asuntos que no afectaban la seguridad nacional, habían sido objeto de una cuidadosa depuración. Esto se había hecho, posiblemente, para que no hiciesen preguntas subversivas a Junior o introducir ideas contrarias al régimen en su cerebro electrónico.

Así las cosas, la tarde del 2 de febrero de 1963 Ray Carmody se hallaba de guardia en la sala de mandos. Él era el único operador, por supuesto; el servicio de Junior y su cuidado requerían docenas de técnicos pero sólo un operador podía introducir datos en su interior o hacerle preguntas.

Por lo tanto, esto quiere decir que Carmody se encontraba solo en la sala de mandos, con paredes a prueba de ruidos.

Por el momento permanecía ocioso. Acababa de introducir en Junior una complicadísima serie de datos acerca de la estructura molecular del cromosoma y había hecho a la máquina por diezmilésima vez la pregunta capital para la supervivencia de la especie humana: ¿Por qué todos los niños que nacían pertenecían al sexo femenino? ¿Qué podía hacerse para remediarlo?

Esta vez le había facilitado un número considerable de datos y sin duda Junior tardaría algún tiempo en digerirlos, añadirlos a los que ya poseía y realizar una síntesis del conjunto. Era casi seguro que a los pocos minutos diría: «Datos insuficientes». Al menos, hasta el momento ésta había sido su única respuesta a la capitalísima cuestión.

Carmody se recostó en su asiento y se dedicó a observar el complicado tablero de mandos de Junior con mirada cansada. Y como el micrófono estaba desconectado y Junior no podía oír lo que él dijese y además la sala de mandos tenía paredes a prueba de sonido y nadie podía oírle, dio rienda suelta a sus palabras, hablando del modo siguiente:

—Junior —dijo— mucho me temo que has fracasado en esta cuestión particular. Te hemos dado cuánto saben los químicos, los biólogos y los especialistas en Genética de esta parte del mundo, y lo único que tú sabes hacer es salir con eso de «datos insuficientes». ¿Qué quieres?... ¿sangre?

»Oh, en algunas cosas eres una calculadora estupenda. Te pintas sola para calcular órbitas y carburantes de cohetes, pero por lo visto eres incapaz de entender a las *mujeres*. Pues te confieso que yo también. Y tengo que reconocer que gastaste una buena jugada a la especie humana... me refiero a la energía nuclear. Conseguiste convencernos de que si construíamos y utilizábamos bombas de hidrógeno, ambos bandos perderían la próxima guerra. Sí, digo que *la perderían*. Y sabemos que los del otro bando obtu-

vieron la misma respuesta de tus hermanas, las máquinas cibernéticas que poseen, con el resultado de que ni las construirán ni tampoco las utilizarán. Ganar una guerra con bombas de hidrógeno viene a ser, más o menos, como ganar un encuentro de lucha libre con bombas de mano; es tan perjudicial para el que la utiliza como para el adversario. Pero no hablábamos de bombas de mano. Hablábamos de mujeres. O hablaba yo. Escucha, Junior...

Una luz, no en el tablero de mandos de Junior sino en el techo, se encendió y se apagó alternativamente. Era la señal de una inminente llamada por el intercomunicador. Sería del jefe operador, sin duda; nadie más podía establecer contacto —por intercomunicador o cualquier otro sistema— con aquella sala de mandos.

Carmody accionó un conmutador.

—¿Ocupado, Carmody?

—Por el momento no, jefe. Acabo de dar a Junior esos datos sobre la estructura molecular de genes y cromosomas. Estoy esperando a que me diga que son datos insuficientes, pero aún necesitará algunos minutos.

—Muy bien. Cuando termine el trabajo dentro de un cuarto de hora haga el favor de pasar por mi despacho. El Presidente quiere hablar con usted.

—Sí, señor —respondió Carmody—. Me podré mi mejor delantal.

Cerró el conmutador. Lo hizo con rapidez, porque una luz verde estaba parpadeando en el tablero de mandos de Junior.

Conectó nuevamente el micrófono y preguntó por él:

—¿Qué hay, Junior?

—Datos insuficientes —dijo la voz indiferente y mecánica de Junior.

Carmody suspiró y anotó la respuesta de la máquina en el informe terminado por una pregunta que había leído por el micrófono.

Luego dijo:

—Junior, me siento avergonzado de ti. Muy bien, veamos si hay algo más que pueda preguntar para que tú me des una respuesta antes de quince minutos.

Tomó un montón de archivadores que tenía sobre la mesa, frente a él, y los hojeó rápidamente. Ninguno de ellos contenía menos de tres páginas de datos.

—Nada —dijo— aquí no hay nada que pueda darte en menos de quince minutos. Habrá que esperar que venga Bob a relevarme.

Volvió a recostarse contra el respaldo, y se despezó. No trataba de rehuir el trabajo; la experiencia había demostrado que, aunque una calculadora digital AE7 pudiese aceptar datos verbales de acuerdo con cualquier vocabulario que hubiese recibido, para traducir aquellos datos en símbolos matemáticos (del mismo modo como traducía los símbolos matemáticos de su respuesta en palabras que pronunciaba mecánicamente), no podía adaptarse a un cambio de voz sin una operación previa. Podía ajustarse, en efecto, de manera que comprendiese la voz de Carmody o la voz de Bob Dana, quien pronto vendría a relevarle. Pero si Carmody empezaba a darle los datos de un problema determinado, tenía que terminarlo él mismo, o de lo contrario Bob tendría que borrar lo que él había dicho y empezar de nuevo. Por lo tanto, no merecía la pena empezar algo que no podía terminarse.

Ojeó algunos de los informes y preguntas para matar el tiempo. El que se refería a la estación del espacio era el que más le interesó, pero lo encontró demasiado técnico para entenderlo.

—Pero tú no lo encontrarás demasiado técnico —dijo a Junior—. Tengo que reconocerlo, amigo: cuando no se trata de mujeres, eres verdaderamente bueno.

El micrófono estaba conectado, pero como aquello no era una pregunta, Junior, naturalmente, no respondió.

Dejando los archivadores, Carmody fulminó a Junior con la mirada.

—Junior —le apostrofó— éste es tu punto débil, las mujeres. Y no podemos tener Genética sin mujeres, ¿no es verdad?

—No —repuso Junior.

—Bien, por lo menos sabes eso. Pero yo también lo sé. Mira, ahí va una pregunta que no sabrás responder. ¿Qué me dices de esa rubia que anoche conocí en una fiesta?

—La pregunta —respondió Junior— ha sido hecha de manera inadecuada; le ruego que la exponga más claramente.

Carmody sonrió.

—Lo que tú quieres es que te la describa, ¿eh? Pero no lo conseguirás. Sólo voy a preguntarte una cosa: ¿Debo verla de nuevo?

—No —dijo la voz mecánica de Junior, implacable.

Carmody enarcó las cejas.

—¿Cómo qué no? ¿Y puedo preguntarte por qué, sin conocer a esa dama, te atreves a decirme eso?

—Sí. Puede preguntar por qué.

Esto era lo malo que tenía Junior; siempre respondía literalmente a la pregunta, haciendo caso omiso de su intención o su doble sentido.

—¿Y por qué? —preguntó Carmody, dominado ya por una auténtica curiosidad—. ¿Quieres decirme por qué no debo ver de nuevo a la rubia que conocí anoche?

—Esta noche —respondió Junior— estará usted ocupado. Antes de mañana por la noche estará casado.

Carmody casi saltó de la silla. La máquina calculadora se había vuelto loca. No había otra explicación. No existían mayores probabilidades de que un canguro diese a luz una máquina de escribir portátil. Además de eso, Junior nunca hacía predicciones para el futuro... con excepción de cuestiones técnicas como órbitas y la extrapolación estadística de tendencias dominantes.

Carmody seguía mirando fijamente al impasible tablero de mandos de Junior con la incredulidad y la consternación

más profundas pintadas en su semblante, cuando la lucecita roja que era el equivalente del timbre se encendió en el techo. Su turno había terminado y Bob Dana venía a relevarle. No había tiempo de hacer más preguntas y, por otra parte, sólo se le hubiera ocurrido en aquellos momentos, preguntar a la máquina si se había vuelto loca.

Carmody no le hizo esta pregunta. Prefería no saberlo.

Carmody desconectó ambos micrófonos y permaneció mirando el impassible tablero de Junior durante largo rato. Movi6 la cabeza, se dirigió a la puerta y la abrió.

Bob Dana entró en la cámara y luego se detuvo para mirar a Carmody.

—¿Qué te ocurre, Ray? —le preguntó—. Parece como si hubiese visto a un fantasma, y perdóname una frase tan sobada.

Ray Carmody denegó con la cabeza. Quería reflexionar antes de hablar con nadie... y cuando se decidiese a hacerlo sería con el jefe operador Reeber y con nadie más. Así es que dijo:

—Estoy un poco cansado, Bob.

—¿No te ocurre nada especial?

—No. Como no sea que tal vez me van a despedir. Reeber quiere verme a la salida —sonrió—. Dice que el presidente quiere hablar conmigo.

Bob le sonrió con simpatía.

—Si está de buen humor, entonces tienes empleo para un día más. Buena suerte.

La puerta aislante se cerró tras Carmody, el cual saludó con un gesto a los dos guardias armados apostados ante ella. Se hallaba sumido en profundas reflexiones mientras recorría el larguísimo pasillo que conducía al despacho del jefe operador.

¿Y si Junior hubiese sufrido una avería? Si así fuese su deber era comunicarlo inmediatamente. Pero si lo hacía, se

vería metido en un lío. Estaba prohibido que los operadores hiciesen preguntas personales a las grandes máquinas calculadoras, aunque se tratase de preguntas muy importantes. El hecho de que se tratase de una pregunta hecha en son de broma aun empeoraría las cosas.

Pero Junior le había respondido también en tono festivo —lo cual era imposible, pues la calculadora no tenía sentido del humor— o bien había cometido, sin paliativo posible, un craso error. En realidad dos. Junior había dicho que Carmody estaría ocupado aquella noche... y la verdad, nada le hubiera hecho cambiar su propósito de pasar una tranquila velada entregado a la lectura. En cuanto a la idea de que mañana estaría casado, no tenía ni pies ni cabeza. No existía una sola mujer en toda la faz de la Tierra con la que pensase contraer matrimonio. Más adelante, tal vez, después de divertirse bien, cuando se sintiese dispuesto a sentar la cabeza. Entonces tal vez. Pero para eso aún tenían que transcurrir varios años. Desde luego, mañana ni hablar, ni aunque fuese para ganar una apuesta.

Junior tenía que haber cometido un error, y si se había equivocado, la cosa era seria, muy seria. Estaba en juego algo más que el empleo de Carmody.

Por lo tanto, ¿tenía que informar honradamente acerca de lo sucedido? Tomó su decisión poco antes de llegar a la puerta del despacho de Reeber. Adoptaría una solución de compromiso. Todavía no podía asegurar que Junior se hubiese equivocado. No podía asegurarlo con certeza matemática... había un billón de probabilidades contra una de que aquello fuese cierto. Por lo tanto, esperaría hasta eliminar aquella última posibilidad de duda, hasta demostrar de manera incuestionable que Junior había cometido un error. Entonces comunicaría lo que había ocurrido y cargaría con las consecuencias... si es que éstas eran las que temía. Quizá se limitarían a imponerle un castigo y a darle un severo rapapolvo.